

EL LABERINTO DE GABRIELA. NOTA SOBRE *MISTRAL. UNA VIDA*, DE ELIZABETH HORAN

Carlos Oliva
Pontificia Universidad Católica de Chile
croliva@uc.cl

Hace casi diez años me topé con Elizabeth Horan en los pasillos de la Universidad Católica. ¿La razón? El festival “Chile mira a sus poetas”, organizado por el plantel. Alguien me había contado que la académica de la Universidad Estatal de Arizona trabajaba hace lustros en la biografía de Gabriela Mistral. Conversamos algo de eso. Luego, en un bar junto al Cine Arte Alameda de Santiago, volvimos a intercambiar palabras en medio de un grupo de poetas. Tres años después le escribí a su *email* para verificar una escena de un ensayo sobre T.S. Eliot de la profesora Juana Subercaseaux (traductora de la obra póstuma de Mistral, *Almácigo*) que apareció en mi libro *Palabra recobrada* (2018). De la biografía de la poeta aún no se sabía. Parecía un mito. No yerro en decir que no fui el único en creer que ese proyecto no vería la luz. Pero me equivoqué. Su primer tomo acaba de aparecer -hace unos meses- por la editorial Lumen, en una clara traducción de Jaime Collyer.

Se trata de una biografía altamente esperada que ha cumplido con no pocas expectativas. Un libro de casi 400 páginas que repasa con erudición, detalle y análisis de distintos documentos (cartas, manuscritos, poemas, discursos, etc.) la vida del primer escritor premiado con el Nobel de Literatura en Latinoamérica: Gabriela Mistral, *nom de plume* de Lucila Godoy Alcayaga.

Según Horan, este es un proyecto que utiliza la metodología angloamericana, la cual releva (cito) “la importancia de la documentación, la centralidad de las identidades fluctuantes raciales y de género” (20) y, más importante aún, se trata de una biografía cuyos sucesos han sido avalados “por dos o más fuentes comprobables, siempre registrando y evaluando la procedencia de estas y basándome en los datos y solo en ellos para aproximar la fecha y el lugar de los hechos narrados” (20), sostiene la autora.

El tomo aborda los 33 primeros años de Mistral, desde su nacimiento en 1889 en Montegrande hasta su estadía en Santiago, poco antes de viajar a México a instancias del político José Vasconcelos. Cada capítulo aborda un lugar específico donde vivió la poeta, “citando lo que escribió, ya sea cuando vivió allí o lo que luego recordó sobre ese lugar” (25), explica la académica.

Estamos ante un libro abultado, traducido de forma elegante, aunque con varios motes y erratas ortográficas. Es, no obstante, un volumen enriquecido con una bibliografía utilísima y un índice onomástico al que solo le faltó incorporar conceptos específicos o palabras claves para un libro de tamaño envergadura.

Una de las revelaciones radica en descubrir que Lucila Godoy está lejos de ser la campesina de pies rajados cuya condición suelen destacar los intelectuales de nuestro país. Así nos lo hicieron creer en el colegio, así lo testifican las hagiografías locales y han querido ver varias feministas o académicas expertas en género y performance, quienes, incluso, han proletarizado a esta figura central de la historia literaria chilena sin ir más allá de esta idealización de clase. Pienso, sin duda, en Carla Ulloa, cuando sostiene que esta “mujer pobre, campesina, sin estudios”, era “hija de la clase obrera y trabajadora que no tuvo educación formal”¹; en Soledad Falabella, quien sostiene que Mistral “era una mujer proletaria”²; en Carla Cabello Hutt, académica y feminista que hace de la poeta una “lesbiana ruda” y una “figura *queer*”³. Así, el mito construido en torno a Mistral ha querido imaginarla como una mujer marginal cuyo éxito dependió exclusivamente de sus capacidades naturales. Pero no fue así.

Lucila Godoy fue pobre, es cierto, y esa pobreza le insufló determinación y coraje para colaborar con distintos medios periodísticos, dirigir tres liceos y codearse con influyentes intelectuales de la época (Alone, Eduardo Barrios, Magallanes Moure, Pedro Prado, Amado Nervo, Alberto Nin Frías, etc.). Horan rescata detalles importantes de la biografía de la futura consulesa. Unas líneas de Marianne González Le Saux citadas allí los explican bien: “Si bien, a primera vista, el ascenso social de Mistral parece bastante espectacular, es menester observar que su situación social, a pesar de ser precaria, no era marginal”. Su padre fue un ex seminarista y maestro de escuela de La Unión (actual Pisco Elqui), y todavía durante sus estudios, Jerónimo Godoy publicó un poema (“A La Serena”) en el diario radical *El Coquimbo*, “desbordante de elementos botánicos” (53), un tópico que sin duda entusiasmaría a Mistral en el futuro). Petronila Alcayaga, por su parte, madre de la escritora, poseía la copropiedad de una casa. Así, considerando todo esto, más el dato de que todas las mujeres dentro de la familia inmediata de Mistral sabían leer y escribir en una época en que tan solo una de cada diez chilenas lo hacía, “sugieren

¹ *Gabriela Mistral en su paso por México: la poeta, gestora cultural, intelectual y maestra.* Carla Ulloa en entrevista con la Radio Universidad de Chile: <https://radio.uchile.cl/2022/10/30/gabriela-mistral-en-su-paso-por-mexico-la-poeta-gestora-cultural-intelectual-y-maestra/>

² *Los múltiples nacimientos de Gabriela Mistral de la mano del movimiento feminista.* Soledad Falabella, entrevista en: <https://uchile.cl/noticias/174193/7-de-abril-los-multiples-nacimientos-de-gabriela-mistral->

³ *A un lado, Pablo Neruda. La juventud chilena tiene una nueva poeta favorita*, en *The New York Times*: <https://www.nytimes.com/es/2023/02/05/espanol/gabriela-mistral-chile.html>

que Gabriela Mistral nació entre las filas de la clase media rural, en la que, ‘a pesar de su situación económica difícil, existía un cierto capital cultural heredado [...] Por parte de su madre, se encontraba ligado a familias de propiedades rurales en el Valle del Elqui, que habían sido importantes, pero [estaban] muy venidas a menos y en una situación lindante con la pobreza’ ” (55).

Otro dato: la rápida expansión de las escuelas rurales determinó en gran medida que las hijas de Petronila Alcayaga (Lucila tuvo una hermana mayor, hija de otro padre) se convirtieran en ayudantes de profesoras y, posteriormente, ellas mismas en maestras, sin necesidad de pasar por una institución de estudios superiores (el sistema no lo requería): “De los tres a los nueve años, la base de operaciones de Lucila estuvo en el aula, el patio y el dormitorio adyacente a la escuela en Montegrande” (58).

Es interesante constatar cómo el desarrollo de su vida profesional como maestra e intelectual reitera las dinámicas forjadas en su infancia. Dos de estas merecen atención. La primera dice relación con los poderes masculinos (¿sustitutos del padre andariego que desapareció en la adolescencia de la escritora?), mecenas que la auxiliarían durante gran parte de su vida. Pese a vivir en medio de la pobreza, el capital cultural del que habla Horan, y al que yo agregaría también el capital social, siguiendo a Bordieu⁴, permitió la asistencia de distintos personajes desde su infancia a su madurez. Entre las amistades de su familia se contaba al visitador de las escuelas rurales del Elqui, Bernardo Araya: “Cuando la niña Lucila ingresó al ámbito de la enseñanza, Araya la ayudó a conseguir el empleo”, dice la biógrafa. Los políticos radicales la auxiliarían no poco también: Bernardo Ossandón, educador y editor de *El Coquimbo* (donde aparecieron varios artículos de Mistral), Pedro Aguirre Cerda, el futuro presidente de Chile a quien fue dedicado *Desolación*, y Maximiliano Salas Marchán (maestro del anterior).

La segunda de estas dinámicas se ancla en un hecho que la traumatizaría, un suceso que se reescribiría en cada lugar en donde vivió. Se trata de su expulsión del colegio tras ser acusada de un robo de útiles escolares. Lucila tenía fama de muchacha extraña, tímida y excéntrica, epítetos que se verían exacerbados con este confuso altercado:

“‘Puede que la niña sea inocente’, declaró la maestra [Adelaida Olivares], ‘pero deberá igual ser excluida de la escuela. Y no se moleste en matricularla en otro sitio’, le dijo [a la madre], agregando que ‘no tiene dotes intelectuales de ningún género’. Estos detalles registrados en la ‘autobiografía’ que la poeta dictó en 1952 son consistentes en todas las versiones de la historia” (*corchetes míos*) (70).

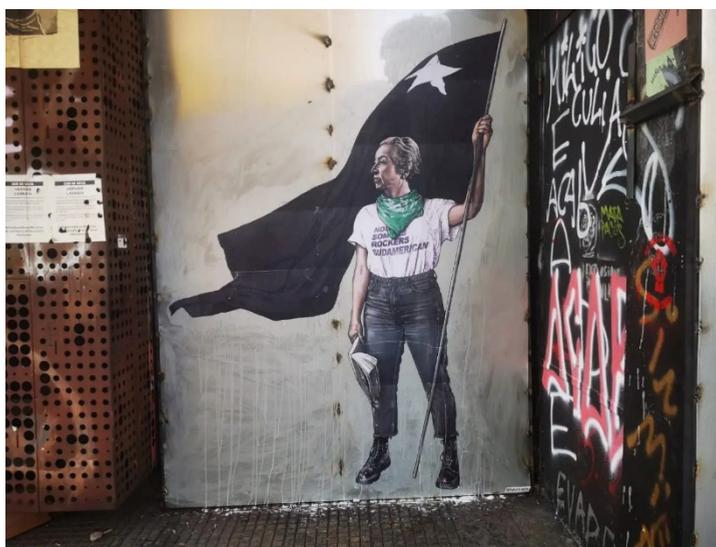
⁴ Cito: “El capital social está constituido por la totalidad de los recursos potenciales o actuales asociados a la posesión de una red duradera de relaciones más o menos institucionalizadas de conocimiento y reconocimiento mutuos” (Pierre Bordieu, en *Poder, derecho y clases sociales*, 148).

Así, su traumática iniciación en la escuela de Vicuña “inaugura un patrón recurrente en sus testimonios y relatos, donde la relación entre la comunidad escolar y ella se define por persecuciones seguidas de amenazas de violencia que terminan o en su expulsión o en su rescate por parte de una autoridad superior que la traslada a otro sitio (escolar o consular), donde el ciclo se restaura”. En efecto, esta paranoia la acompañaría en los distintos lugares que pisó como maestra y que Horan documenta no mal, por ejemplo, en Punta Arenas, en Temuco y Santiago. En cada una de estas ciudades Mistral se agenció enemigos y quiso escapar presionando a sus “padrinos” por un lugar más hospitalario y *ad hoc* a sus necesidades.

Horan extrapola una tesis plausible: que este hecho potenciaría una vocación poética en la rebelión de Lucila de convertirse en ama de casa, como sugirió su acusadora (“Enséñele a hacer las labores del hogar porque no servirá para nada más”, 60). Imposible soslayar aquí la similitud entre las vidas de Mistral y Sor Juana Inés de la Cruz, la poeta novohispana del valle de México, quien, al igual que la chilena, debió vérselas con una sociedad opresora de las minorías y en donde las escritoras eran más bien un fenómeno extraordinario en el devenir cultural de sus países. A ambas, además, se les cuestionó sostenidamente los distintos aspectos de su persona, partiendo por su condición de mujer y su femineidad. Ambas, también, debieron renunciar a distintas opciones de vida -las que se esperaban de una mujer, por cierto- para granjearse un espacio en la elite política y cultural de sus entornos. Las dos se replegaron, y en ese “movimiento instintivo hacia adentro ya están prefiguradas la celda del convento y la soledad entre los libros” (114), dice Octavio Paz para referirse a la monja, con palabras que sirven para describir el derrotero de Mistral y en donde *celda* bien podría ser *liceo* o *consulado*.

“Quien se esfuerza por adquirir cultura”, dice Bordieu, “trabaja sobre sí mismo, ‘se está formando’. Esto implica un coste personal que se ‘paga con la propia persona’. Lo cual quiere decir, ante todo, que uno invierte tiempo, pero invierte también una forma de afán (*libido*) socialmente constituido, el afán de saber (*libido sciendi*), con todas las privaciones, renunciaciones y sacrificios que pueda comportar” (139). La magistral “Respuesta a Sor Filotea de la Cruz”, de Sor Juana, es prueba palpable de esa renuncia. Y aquí, nuevamente, las figuras de ambas poetisas vuelven a vincularse. “Leemos en esta carta ciertas tretas del débil en una posición de subordinación y marginalidad” (190) -explica Josefina Ludmer-, donde la monja enfatiza permanentemente su lugar de subalterna y, desde ahí, elabora una respuesta, su posición. Algo similar realiza Mistral a lo largo de sus cartas hacia los intelectuales o padrinos antes citados: se rebaja, se minimiza (¿falsa modestia?) para, desde su lugar de inferioridad, disparar: “Mi cuerpo de walkiria india ¡cómo engaña a la gente! Está lleno de achaques y aparece como el prototipo de la salud, y en el alma, cuya firmeza va gritando, está más lisiada que los paralíticos de los portales”, o bien: “Usted no me conoce Alone; y no me conoce porque usted está en Renán y yo... en el centro de África” (Horan 232).

Uno de los aspectos menos convincentes de esta biografía resulta el tratamiento por parte de la autora del lesbianismo de Mistral. Se habla de una personalidad *queer*, de un género fluido o de una ambigüedad que cambia en distintos momentos. Horan cita a José Esteban Muñoz y a Jack Halberstam y da una pátina teórica en la introducción que luego olvida; el concepto *queer* resurge hacia la mitad del volumen, pero no hay un examen cabal de lo que implica esta identificación en una escritora de principios de siglo XX. Al igual que ciertas intelectuales feministas, Horan intenta encajar en un molde teórico contemporáneo a un personaje de cien años atrás y recoge, para fortalecer su exposición, uno de los murales del artista Fab Ciraolo en el centro de Santiago, pintado durante el estallido social de 2019. Allí se ve a la poeta enarbolando una bandera chilena negra, con el pañuelo verde de las feministas, con un libro abierto en la mano derecha y usando bototos punk.



Créditos: Fab Ciraolo

Resulta erróneo el uso del concepto *queer* en la personalidad de la poeta, puesto que el peligro de este encuadre radica en los efectos políticos que el concepto desata. Es imposible separar lo *queer* de una postura deliberada. Ser *queer*, sostuvo la agrupación estadounidense Lesbian Avengers, implica “no el derecho a la privacidad, sino que a la libertad de ser público” Mottier 110, traducción mía). Aún más, “culturalmente, la teoría *queer* envuelve un énfasis en la ‘rebelión permanente’ y la subversión de los significados sociales dominantes y las identidades (...) La teoría *queer* apunta a transformar radicalmente el orden social no solo mediante la desestabilización de lo que se da por sentado respecto de las normas heterosexuales, sino que también de los entendimientos

rígidos y biologizados de las identidades gays y lésbicas tanto como el género” (Mottier 111, traducción mía). Me tomo la molestia de citar lo anterior para afirmar que Gabriela Mistral estaba muy lejos de aquello, estaba lejos de tener una agenda lésbica, lejos de ser una revoltosa que batalla contra el mundo, sobre todo si consideramos su pertinaz insistencia por afianzarse en los círculos de poder. ¿Cómo declarar la guerra a una élite que le ha abierto las puertas y allanado el camino para sus propias ambiciones? Su afanoso “enclosetamiento” es palmario en sus cartas (ver *Doris, vida mía*), incluso después de haber ganado el Nobel, su miedo a que su sexualidad fuera descubierta todavía por su círculo cercano es rotundo y se deja ver en su “asediada” vida cotidiana de la que dan cuenta sus cartas a Doris Dana.

Pareciera ser que cuando de Mistral se trata no hubiera medias tintas. Pasamos de un extremo a otro del péndulo valorativo: los comisarios de Pinochet higienizaron su figura al punto de encumbrarla como la madre de Chile. Horan da cuenta del libro *Cartas de amor de Gabriela Mistral* de 1978, editado por el abogado derechista Sergio Fernández Larraín, donde se ensalza e idealiza a una escritora “casta, profundamente conservadora y respetuosa del matrimonio” y donde nada se dice de su deseo por otras mujeres. Y en 1981, en plena dictadura chilena, su rostro apareció -y siguió apareciendo en las siguientes décadas- en el billete de 5.000 pesos junto a una alegoría “al amor maternal”⁵. Similar a la derecha, la izquierda haría lo propio al incrustarle proclamas que la poeta nunca ondeó: el feminismo, las demandas del estadiillo social, etc.



Créditos: Banco Central de Chile

Al referirse a la homosexualidad de dos artistas del Renacimiento, Camille Paglia sostiene que esta “era parte de su furiosa búsqueda por la autonomía de la imaginación, en contra de todo y de todos: padres, profesores, amigos, rivales, sociedad, naturaleza,

⁵ Ver <https://amosantiago.cl/la-historia-de-los-billetes-chilenos-y-sus-personajes-historicos/>

religión, Dios” (157). No sería errado creer que la verdadera batalla de Mistral fue una que impulsó aquí, en el campo de la imaginación, tal como sus adláteres italianos lo hicieron en un espacio aún más conservador y jerárquico que el suyo, en un contexto que, pese a lo que podrían afirmar los teóricos del género, facilitó no pocos de los logros de estos artistas, lo cual no quita méritos a sus habilidades como creadores. Se hace necesario ahondar sin duda en este aspecto en el caso de Mistral. Por supuesto, esto no quiere decir que se la deba reducir a una época determinada, sino partir por ella para tratar de entender sus manías, sus pulsiones, sus afanes, su vocación y sus luchas y, en definitiva, su obra escritural. Su complejidad es parte de su riqueza y entenderla es también entender los avatares de nuestra patria. Elizabeth Horan se acerca, no poco, en esta biografía certera, divertidísima y amena.

BIBLIOGRAFÍA

- Bordieu, Pierre, *Poder, derecho y clases Sociales*. Bilbao: Editorial Desclée de Brouwer, 2001.
- Cabello, Carla. *A un lado, Pablo Neruda. La juventud chilena tiene una nueva poeta favorita*, en *The New York Times*: <https://www.nytimes.com/es/2023/02/05/espanol/gabriela-mistral-chile.html>
- Cabrera, Paulina: “La historia de los billetes chilenos y sus personajes históricos”: <https://amosantiago.cl/la-historia-de-los-billetes-chilenos-y-sus-personajes-historicos/>
- Falabella, Soledad. *Los múltiples nacimientos de Gabriela Mistral de la mano del movimiento feminista*. Soledad Falabella, entrevista en: <https://uchile.cl/noticias/174193/7-de-abril-los-multiples-nacimientos-de-gabriela-mistral->
- Horan, Elizabeth, *Mistral. Una vida*. Santiago: Lumen, 2023.
- Labrín, Estefanía. *Los múltiples nacimientos de Gabriela Mistral de la mano del movimiento feminista*, en: <https://uchile.cl/noticias/174193/7-de-abril-los-multiples-nacimientos-de-gabriela-mistral->
- Lankes, Ana. *A un lado, Pablo Neruda. La juventud chilena tiene una nueva poeta favorita*, *The New York Times*: <https://www.nytimes.com/es/2023/02/05/espanol/gabriela-mistral-chile.html>
- Ludmer, Josefina, “Tretas del débil”. En su *Lo que vendrá. Una antología (1963-2013)*. Buenos Aires: Eterna Cadencia Editora, 2021.
- Mistral, Gabriela, *Doris, vida mía. Cartas*. Colonia del Sacramento: Lumen, 2023.
- Mottier, Véronique. *Sexuality: A Very Short Introduction*. Gosport: Oxford University Press, 2008.
- Paglia, Camille, *Sexual personae. Art and Decadence from Nefertiti to Emily Dickinson*. Binghamton: Yale University Press, 1990.
- Paz, Octavio. *Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2014.

Porras, Diana. *Gabriela Mistral en su paso por México: la poeta, gestora cultural, intelectual y maestra*, en: <https://radio.uchile.cl/2022/10/30/gabriela-mistral-en-su-paso-por-mexico-la-poeta-gestora-cultural-intelectual-y-maestra/>